

NUESTRO VIAJE EUCARISTICO

Se debe al **Avivamiento Eucarístico Nacional**, el cual es una iniciativa de tres años patrocinada por los Obispos de los Estados Unidos para inspirar y preparar al Pueblo de Dios para ser formado, sanado, convertido, unido y enviado a un mundo herido y hambriento a través de un encuentro renovado con Jesús en la Eucaristía.

Por esta razón, hicimos "un viaje eucarístico" durante cinco fines de semana consecutivos centrándonos en cada una de las cuatro partes principales de la Santa Misa: **Los Ritos de Iniciales, La Liturgia de la Palabra, La Liturgia de la Eucaristía y Los Ritos de Conclusión.**

Aquí está la catequesis que compartimos en las Misas dominicales con la esperanza y la intención de que la leas en casa, la revises de vez en cuando y lo más importante es que medites en estas enseñanzas de la Iglesia durante este tiempo de Cuaresma.

Primera Parte: Ritos Iniciales.

“Los ritos que preceden a la Liturgia de la Palabra, a saber, **la Entrada, el Saludo, el Acto Penitencial, el Kyrie, el Gloria in excelsis (Gloria a Dios en las alturas) y la Oración Colecta**, tienen el carácter de un comienzo, de una introducción. y una preparación. Su finalidad es asegurar que los fieles, que se reúnen como uno solo cuerpo, el Cuerpo de Cristo, así establezcan la comunión y se dispongan adecuadamente a escuchar la palabra de Dios y a celebrar dignamente la Eucaristía.”

La Misa comienza con el canto de entrada. La procesión de entrada es la forma que tiene la iglesia de recordar y celebrar que somos peregrinos en esta tierra, comenzando con el bautismo y la pila bautismal en la entrada de la iglesia, hasta el altar para participar del banquete celestial, la Eucaristía: El Cuerpo y La Sangre de Cristo. El celebrante y otros ministros entran en procesión y reverencian el altar con una reverencia y/o un beso. El altar es un símbolo de Cristo en el corazón de la asamblea y por eso merece esta reverencia especial.

Todos hacen la Señal de la Cruz y el **celebrante saluda a los reunidos** con palabras tomadas de las Escrituras.

El Acto Penitencial sigue al saludo. Al comienzo de la Misa, los fieles recuerdan sus pecados y ponen su confianza en la misericordia permanente de Dios. El Acto Penitencial incluye el *Kyrie Eleison*, una frase griega que significa "Señor, ten piedad". Esta letanía recuerda las acciones misericordiosas de Dios a lo largo de la historia. Los domingos, especialmente en tiempo pascual, en lugar del acostumbrado acto penitencial, de vez en cuando puede tener lugar la bendición y aspersion de agua para recordar el bautismo.

Los domingos, solemnidades y fiestas, **el Gloria sigue al Acto Penitencial.** El Gloria comienza haciéndose eco del anuncio de los ángeles en el nacimiento de Cristo: "¡Gloria a Dios en las altu-

ras!" En este antiguo himno, la asamblea reunida se une a los coros celestiales para ofrecer alabanza y adoración al Padre y a Jesús a través del Espíritu Santo.

Los Ritos Iniciales concluyen con una **oración inicial, llamada Colecta.** El celebrante invita a la asamblea reunida a orar y, tras un breve silencio, proclama la oración del día. La Colecta reúne las oraciones de todos en una sola y dispone a todos a escuchar la Palabra de Dios en el contexto de la celebración.

Segunda Parte: La Liturgia de la Palabra.

La parte principal de la Liturgia de la Palabra se compone de lecturas de la Sagrada Escritura junto con los cantos que se intercalan entre ellas. Aquí Dios habla a su pueblo, abriéndoles el misterio de la redención y de la salvación, y ofreciéndoles alimento espiritual; y el mismo Cristo está presente a través de su palabra en medio de los fieles. La Liturgia de la Palabra incluye: la Primera lectura; el salmo responsorial; la segunda lectura, seguida de el versículo antes al evangelio, más conocido como Aleluya; el Evangelio; la Homilía; la profesión de fe (los domingos y otras solemnidades); y la oración universal u oración de los fieles que la concluye.

La Iglesia, reunida por el Espíritu Santo para la celebración litúrgica, anuncia y proclama la palabra de Dios. Mediante el bautismo y la confirmación, la Iglesia ha hecho de todos los fieles de Cristo mensajeros de la palabra de Dios. Por tanto, deben ser portadores de la misma palabra en la Iglesia y en el mundo, al menos con el testimonio de su vida. Cada vez que venimos a Misa escuchamos las palabras de las Escrituras, conscientes de que la palabra de Dios es una palabra viva, que nos habla en nuestra época con tanta fuerza y relevancia como cuando fue escrita. En la Liturgia de la Palabra, la Iglesia alimenta al pueblo de Dios con la mesa de su Palabra (cf. *Sacrosanctum Concilium*, no. 51). Las Escrituras son la palabra de Dios, escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo. En las Escrituras, Dios nos habla conduciéndonos por el camino de la salvación y el mismo Cristo está presente a través de su palabra en medio de los fieles.

La Primera Lectura se toma más comúnmente del Antiguo Testamento. Durante el tiempo de Pascua, está tomado de los Hechos de los Apóstoles, que cuenta la historia de la Iglesia en sus primeros días.

El Salmo responsorial, que se canta entre las dos primeras lecturas, nos ayuda a meditar e interiorizar la palabra de Dios que acabamos de escuchar y nos prepara especialmente para las lecturas siguientes para estar mejor dispuestos a escuchar el anuncio del Evangelio.

La Segunda Lectura se proclama los domingos y otras solemnidades, y está tomada del Nuevo Testamento y particularmente de las cartas de san Pablo o de las demás cartas o del libro del Apocalipsis.

La Aclamación que precede al Evangelio. Después de la lectura que precede inmediatamente al Evangelio, se canta el Aleluya u otro canto marcado por las rúbricas, según lo requiera el tiempo litúrgico. Una aclamación de este tipo constituye en sí misma un rito o acto mediante el cual la reunión de los fieles acoge y saluda al Señor que está a punto de hablarles en el evangelio. Aparte de la Cuaresma, esa aclamación es "Aleluya", derivada de una frase hebrea que significa "¡Alabado sea el Señor!"

La Proclamación del Evangelio es el punto culminante de la Liturgia de la Palabra. Debido a que el Evangelio habla de la vida, el ministerio y la predicación de Cristo, recibe varios signos especiales de honor y reverencia. El evangelio se proclama desde el Libro de los Evangelios que se lleva en procesión desde el altar hasta el ambón. La asamblea reunida se pone de pie para escuchar el Evangelio y es introducido por una aclamación de alabanza mencionada antes, Un diácono (o, si no hay ningún diácono presente, un sacerdote) lee el Evangelio.

La Homilía es parte de la Liturgia y es muy recomendable, ya que es necesaria para nutrir la vida cristiana. Después de las lecturas de las Escrituras, el celebrante predica la homilía centrándose en los textos de las Escrituras recién proclamados, o en algunos otros textos de la liturgia del día, extrayendo de ellos lecciones que pueden ayudarnos a vivir una vida mejor, más fieles a la llamada de Cristo a crecer. en santidad. La homilía tiene en cuenta tanto el misterio de la celebración como la necesidad particular de los oyentes. Deberíamos escuchar atentamente.

El Credo o Profesión de Fe tiene como finalidad que todo el pueblo reunido responda a la Palabra de Dios proclamada en las lecturas extraídas de la Sagrada Escritura y explicadas en la homilía, y que también honre y confiese los grandes misterios de la fe. El Credo debe ser cantado o dicho por el Sacerdote junto con el pueblo los domingos y solemnidades. También puede decirse en celebraciones particulares de carácter más solemne. Se pueden usar los dos Credos: el Credo de Nicea o el Credo de los Apóstoles. El Credo de Nicea es una declaración de fe que data del siglo IV, mientras que el Credo de los Apóstoles es el antiguo credo bautismal de la Iglesia en Roma. En Pascua se renuevan las promesas bautismales, a partir de una fórmula basada en el Credo de los Apóstoles, este sustituye al Credo. Participemos activamente.

La Oración Universal u Oración de los Fieles, que concluye la Liturgia de la Palabra, es la respuesta del pueblo, en algún sentido, a la Palabra de Dios que ha recibido en la fe y, ejerciendo el oficio de su sacerdocio bautismal, ofrece oraciones a Dios por la salvación de todos. La serie de intenciones suele ser

- para las necesidades de la Iglesia;
- para las autoridades públicas y la salvación del mundo entero;
- para aquellos agobiados por cualquier tipo de dificultad; y
- para la comunidad local.

Sin embargo, en cualquier celebración particular, como una Confirmación, un Matrimonio o un Funeral, la serie de intenciones puede estar más estrechamente relacionada con la ocasión particular.

Tercera Parte: Liturgia de la Eucaristía

La Eucaristía es fuente y cumbre de la vida cristiana. El término "eucaristía" proviene de la palabra griega *eucharistia*, que significa acción de gracias.

En Liturgia de la Eucaristía, el sacerdote, que representa a Cristo, el Señor, lleva a cabo lo que el Señor mismo realizó y confió a sus discípulos para que lo hicieran en memoria suya. La Iglesia ha ordenado toda celebración eucarística en sus partes según las palabras y acciones de Cristo en la última cena. Estas partes incluyen:

-*La preparación de los dones* que corresponde a tomar los mismos elementos que Jesús tomó en sus manos: pan y vino con agua.

-*La Plegaria Eucarística* que corresponde en dar gracias y bendecir los dones de pan y vino que se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Jesús.

-*Y la Fracción del Pan y La Comunión* que corresponden a "partir y repartir" lo dones consagrados, así como Jesús partió y repartió y que los apóstoles recibieron de manos del mismo Cristo.

La Preparación de los Dones da comienzo a la Liturgia de la Eucaristía. Mientras el sacerdote o el diácono preparan el altar, los representantes del pueblo traen el pan y el vino que se convertirán en el Cuerpo y la Sangre de Cristo. El celebrante bendice y alaba a Dios por estos dones y los coloca en el altar, lugar del sacrificio eucarístico. Además del pan y del vino, se recibe la contribución financiera de los feligreses para el sostenimiento de la Iglesia y el cuidado de los pobres. La Oración sobre las Ofrendas concluye esta preparación y dispone a todos para la Plegaria Eucarística.

La Plegaria Eucarística: Es el centro y culmen de toda la celebración. En esta oración, el sacerdote actúa en la persona de Cristo como cabeza de su cuerpo, la Iglesia. Él recoge no sólo el pan y el vino, sino nuestras intenciones y las une al sacrificio perfecto de Cristo, ofreciéndolos al Padre. A medida que continúa la Plegaria Eucarística se nos recuerda el sacrificio de Cristo para hacernos un "pueblo santo" y permitimos "gozar todos juntos de la plenitud eterna de la gloria de Dios.

El Prefacio: es la primera parte de la Plegaria Eucarística, en el que la Iglesia da gracias al padre, por Cristo en el Espíritu Santo, por todas sus obras, por la creación, la redención y santificación o por algunos aspectos particulares, según las variantes del día, de la festividad o del tiempo litúrgico. Este cantico de alabanza y acción de gracias es la oración más hermosa que el hombre puede dirigirle a Dios. Comienza con el dialogo entre el sacerdote y el pueblo: "El Señor esté con ustedes" y culmina con el canto del "Santo".

La plegaria eucarística continua con las siguientes partes: La epiclesis, Narración de la institución y consagración, anamnesis, Oblación, Intercesiones y Doxología.

La Epiclesis: es la invocación o llamado al Espíritu Santo para que consagre el pan y el vino y se conviertan en cuerpo y

sangre de Cristo, y para que la víctima inmaculada que se va a recibir en la comunión sea para salvación de quienes reciban; es decir en este momento Jesús se hace presente por fuerza del Espíritu Santo para quedarse con nosotros como alimento para darnos su vida.

La narración de la institución y consagración en la cual el sacerdote narra lo sucedido en la última cena y repite las mismas palabras de Cristo llevando a cabo el sacrificio mismo que Cristo instituyó en la última Cena, dando su cuerpo y sangre a los apóstoles en forma de alimento y bebida y dio el mandato. La consagración culmina con la adoración a Cristo presente en el altar. Es una proclamación del misterio de nuestra fe en la cual el pueblo participa usando una de las tres opciones para la Gran Aclamación.

La Anamnesis que sigue, es el recordatorio, o memorial, de la bienaventurada pasión, gloriosa resurrección y ascensión al cielo de nuestro Señor, cumpliendo el encargo hecho a los Apóstoles en la noche de la última cena.

La Oblación es la invitación de la iglesia para que los fieles se ofrezcan a sí mismos junto con la víctima Inmaculada y nos convirtamos también en víctima perfecta en Cristo.

Las Intercesiones dan a entender que la Eucaristía se celebra en comunión con toda la Iglesia celeste y terrena y que la oblación se hace por ella y por todos sus miembros vivos y difuntos.

En La Doxología, que concluye la plegaria Eucarística, y que expresa la glorificación de Dios, el sacerdote elevando el cáliz con la patena, los cuales contienen el cuerpo y la sangre de Jesús, dice: "Por Cristo, con El y en El..." Y se concluye y confirma con nuestro Amén, así nos unimos a la solemne alabanza de la Santísima Trinidad.

El Rito de la Comunión sigue a la Plegaria Eucarística. Siendo la celebración de la Eucaristía el banquete pascual, es deseable que, según el mandato del Señor, su Cuerpo y su Sangre sean recibidos como alimento espiritual por aquellos de los fieles debidamente dispuestos. Éste es el sentido de la fracción y de los demás ritos preparatorios mediante los cuales los fieles son conducidos más inmediatamente a la Comunión. El Rito de la Comunión incluye: El Padrenuestro, el Rito de la Paz, la Fracción del Pan y la Comunión misma.

El rito comienza con El Padrenuestro. Jesús enseñó esta oración a sus discípulos cuando le preguntaron cómo orar. En el Padrenuestro se pide el pan de cada día, que para los cristianos significa principalmente el Pan Eucarístico, y se pide también la purificación del pecado, para que lo santo sea en verdad dado a los santos. El Sacerdote pronuncia la invitación a la oración, y todos los fieles dicen la oración con él; entonces sólo el sacerdote añade la embolia, que el pueblo concluye mediante la doxología. La invitación, la Oración misma, la embolia y la doxología deben cantarse o decirse en voz alta.

Sigue El Rito de la Paz, mediante el cual la Iglesia implora la paz y la unidad para ella y para toda la familia humana, y los fieles se expresan unos a otros su comunión eclesial y caridad mutua antes de comulgar en el Sacramento. En cuanto al signo de paz que

debe darse, es apropiado que cada persona, de manera sobria, ofrezca el signo de paz sólo a aquellos que están más cerca.

La Fracción del Pan se inicia después del signo de la paz, realizado con la debida reverencia y reservado al Sacerdote y al Diácono. El Sacerdote parte el Pan Eucarístico, con la asistencia, si el caso lo requiere, del Diácono o de un concelebrante. El gesto de partir el pan realizado por Cristo en la Última Cena, que en tiempos apostólicos dio nombre a toda la Acción Eucarística, significa que los muchos fieles se hacen un solo cuerpo al recibir la Comunión del único Pan Vida, que es Cristo.

El Sacerdote parte el Pan y pone un trozo de la hostia en el cáliz para significar la unidad del Cuerpo y la Sangre del Señor en la obra de la salvación. La súplica, Cordero de Dios, se canta para acompañar la fracción y por ello se puede repetir tantas veces como sea necesario hasta completar el rito.

La Comunión misma. El Sacerdote se prepara con una oración, dicha en voz baja, para recibir fructíferamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo, la Sagrada Comunión. Los fieles hacen lo mismo rezando en silencio. El sacerdote muestra a los fieles el Pan Eucarístico, sosteniéndolo sobre la patena o sobre el cáliz, y los invita al banquete de Cristo.

Antes de recibir la Sagrada Comunión, el celebrante y la asamblea hacen un acto de humildad reconociendo su indignidad de recibir tan grande don. El celebrante recibe primero la Sagrada Comunión y luego el pueblo avanza en procesión.

El carácter comunitario de la procesión para recibir la Sagrada Comunión se logra con el canto del himno de la comunión, que expresa la unión espiritual de los comulgantes mediante la unidad de sus voces y muestra la alegría del corazón. El canto se prolonga mientras se administra el Sacramento a los fieles.

El hecho de que la Procesión de la Comunión sea una acción profundamente religiosa nos dice algo sobre la forma en que debemos participar en esta procesión. Somos el Cuerpo de Cristo, avanzando para recibir al Cristo que nos hace uno consigo mismo y unos con otros. Nuestra procesión debe avanzar con dignidad; ¡Nuestra actitud debe ser la de aquellos que saben que han sido redimidos por Cristo y vienen a recibir a su Dios!

Debido a que compartir en la Mesa Eucarística es un signo de unidad en el Cuerpo de Cristo, sólo aquellos en comunión con la Iglesia Católica pueden recibir la Sagrada Comunión. Aquellos que no reciben la Sagrada Comunión aún participan en este rito orando por la unidad con Cristo y entre sí.

Quienes reciben la Sagrada Comunión deben estar preparados para recibir tan gran regalo. Deben ayunar (excepto por los medicamentos) durante al menos una hora antes de recibir la Eucaristía y no deben tener conciencia de haber cometido pecado grave. Los fieles se acercan al Ministro que distribuye

la Sagrada Comunión e, inclinándose con reverencia, reciben la Sagrada Comunión. Las personas pueden recibir el Cuerpo de Cristo ya sea en la lengua o en la mano.

Si se recibe la Comunión en la mano, las manos primero deben estar limpias. Si uno es diestro, la mano izquierda debe descansar sobre la derecha. Luego se colocará la hostia en la palma de la mano izquierda y luego se llevará con la mano derecha a la boca. Si uno es zurdo esto es al revés. No es apropiado estirar los dedos y quitarle la hostia a quien la reparte.

El sacerdote u otro ministro ofrece la Eucaristía a cada persona diciendo: "El Cuerpo de Cristo". La persona que recibe responde diciendo: "Amén", una palabra hebrea que significa "así sea" (Catecismo de la Iglesia Católica, 2856). El comulgante debe responder en voz alta: "Amén", indicando con esa respuesta su creencia de que esta pequeña hostia de pan y el vino en el cáliz son en realidad el cuerpo y la sangre de Cristo el Señor.

Cuando uno recibe del cáliz, la persona que distribuye la Comunión hace la misma proclamación y el comulgante responde nuevamente: "Amén". Cabe señalar que nunca está permitido que una persona moje en el cáliz la hostia que ha recibido. Si, por alguna razón, el comulgante no puede o no quiere beber de la copa, entonces esa persona debe recibir sólo en forma de pan.

Mientras la gente recibe la Sagrada Comunión, se canta el canto de la comunión. La unidad de voces hace eco de la unidad que trae la Eucaristía. Todos también pueden pasar algún tiempo en oración silenciosa de acción de gracias.

Oración después de la Comunión. Para completar la oración del Pueblo de Dios, y también para concluir todo el Rito de la Comunión, el Sacerdote pronuncia la Oración después de la Comunión en la que pide por los frutos del misterio que acaba de celebrar, pidiendo que los beneficios de la Eucaristía permanezcan activos en nuestra vida diaria; y expresa la gratitud de la Iglesia por los misterios celebrados y recibidos.

Cuarta Parte: Ritos de Conclusión

En los Ritos de Conclusión de la Santa Misa, el sacerdote sigue desempeñando una tarea sacerdotal, es decir, la de mediación entre Dios y el pueblo fiel. Estos no son ritos opcionales, pues el sacerdote aquí invoca sobre el pueblo la bendición divina, mientras en nombre del pueblo agradece a Dios por los dones ya recibidos por su bondad. Aquí también actúa "in persona Christi".

A los Ritos de Conclusión pertenecen los siguientes: breves anuncios, Saludo y Bendición del Sacerdote, despedida del pueblo y beso del altar por parte del Sacerdote y el Diácono, seguido de una profunda reverencia al altar por parte del Sacerdote, el Diácono. y los demás ministros.

Los Anuncios: Durante los Ritos de Conclusión, se pueden hacer Anuncios (si es necesario) después de la Oración después de la Comunión. No son sólo información de las actividades parroquiales, necesidades y demás, sino también la indicación y celebración de la rica vida en Cristo de la parroquia que proviene de la

Sagrada Eucaristía; también indican que todos los esfuerzos parroquiales están dirigidos al encuentro con Dios celebrado en la Santa Misa.

En nuestra parroquia aprovechamos la oportunidad después de los anuncios para invitar a una familia a llevarse el Cáliz de las Vocaciones a casa y orar en nombre de la parroquia por un aumento de vocaciones al sacerdocio.

Las Oraciones para después de la Misa, al igual que las Oraciones antes de la Misa, no forman parte de la liturgia eucarística. Sin embargo, la congregación aprovecha la oportunidad de ser reunida y fortalecida por la comunión recién celebrada y recibida para pedir la intercesión de los santos y el coraje de ir al mundo como embajadores de Cristo.

Saludo del Sacerdote y Bendición. El Sacerdote saluda al pueblo como preparación a la bendición que sigue. Luego bendice al pueblo reunido. A veces, la bendición es muy sencilla. En días especiales, la bendición puede ser más extensa. En todos los casos, la bendición es siempre trinitaria: "Dios todopoderoso os bendiga, Padre, Hijo y Espíritu Santo". Es en el Dios trino y en la señal de la cruz donde encontramos nuestra bendición.

Despedida del Pueblo. Después de la bendición, el diácono despide al pueblo. De hecho, la despedida da nombre a la liturgia. La palabra "Misa" proviene de la palabra latina "missa". Hubo un tiempo en que la gente era despedida con las palabras "Ite, missa est" (que literalmente significa "Ve, ella, es decir, tú, la Iglesia, ha sido enviada"). La palabra "Missa" está relacionada con la palabra "missio", la raíz de la palabra inglesa "mission".

La liturgia no termina simplemente. Los reunidos son enviados a llevar los frutos de la Eucaristía al mundo. Este es el objetivo principal de la Eucaristía, que, fortaleciéndonos con la Palabra y el Sacramento, seamos enviados al mundo a ser personas eucarísticas. Por tanto, no es propio abandonar la Misa antes del envío.

Aunque en las Instrucciones Generales del Misal Romano no se especifica ningún himno de salida, cantamos un cántico de envío. Esto permite a la congregación finalizar la celebración de la Eucaristía, que es la celebración de la unidad y la paz, como un solo cuerpo: El Cuerpo de Cristo, unidos como una sola voz nos regocijamos de haber sido enviados al mundo como pueblo eucarístico.



**Avivamiento
Eucarístico**
NACIONAL